À LA INCOMPARABLE
DOCTORA MÍSTICA DE LA IGLESIA
Y REFORMADORA DEL CARMELO;
À LA VIRGEN SERÁFICA, MUJER FUERTE
y madre espiritual de numerosísimos hijos;
À LA GLORIA MAS PURA DE LA ESPAÑA CATÓLICA;
À SU EXCELSA PATRONA É ILUSTRE VALEDORA
SANTA TERESA DE JESÚS,
ENRIQUECIDA CON EL PODER DEL PADRE,
ESCLARECIDA CON LA SABIDURÍA DEL HIJO,
y endiosada con el amor del Espíritu Santo,
ROGANDO POR EL TRIUNFO DE LA IGLESIA, LA PAZ DEL MUNDO
Y LA PROSPERIDAD DE SU ESPAÑA,
CONSAGRAN CON EL PRESENTE NUMERO
EN RECONOCIMIENTO
todo el afecto y amor de sus corazones

El Director y Redactores.

SANTA TERESA DE JESÚS.

DE CÓMO NO SENTÍA NI HUÍA LA HUMILDE SANTA QUE LOS OTROS LA TUVIESEN EN POCA ESTIMA.

Si veía yo que una persona pensaba de mí bien mucho, por rodeos o como podía le daba a entender mis pecados, y con esto parece descansaba.

(Santa Teresa de Jesús, Vida, c. 31).

No hay cosa más común entre las gentes que gustan de pasar plaza de espirituales y devotas que hablar con desprecio de sí mismas, y llamarse a sí propias pecadores, dignos de ser reputados por todo el mundo por cosa de poca valía. Con palabras, con gemidos y suspiros, con acciones quieren predicar su humildad y vileza; mas inquiétanse luego y se perturban si alguien, cogiéndoles la palabra, se conforma con su parecer y les injuria o afrenta, o les dice palabras que les pueden humillar. Veréis a estos tales defenderse luego, y sincerarse, no queriendo *ser* lo que desean *parecer*.

Esto es prueba de que no es de corazón esta humildad, no es verdadera; pues si lo fuera holgáranse de que los otros sintieran lo que ellos dicen, porque es en el trato social un motivo de alegría y contentamiento el hallar otros que piensan como nosotros, y repitan lo que nosotros decimos con sinceridad. La uniformidad de sentimientos es causa de amistad y paz.

Con agrado recuerdo siempre la respuesta viva y eficaz que dio un hombre docto y espiritual á ciertas personas que hacía esfuerzos por probarse humilde delante de numerosa concurrencia. Algunos la alababan y halagaban su secreto orgullo diciéndola que no era verdad lo que decía de sí misma, pues era buena y no pecadora, como ella en su humildad afirmaba. Esforzábase nuestra humilde en apariencia en probar su indignidad y en hacer resaltar sus deméritos, para recrear su refinado amor propio y secreto orgullo arrancando con sus alardes de humildad numerosas alabanzas. Pero desconcertóla luego el varón devoto, que callaba primeramente, al decirle con severidad y firmeza; "No se canse, señora, en probarnos su indignidad y bajeza, porque yo soy de su mismo parecer: me conformo con su sentir, ya que nadie mejor que V. puede darnos noticias mas exactas de su mérito ó demérito." Cubriósele el rostro de rubor y se encendieron sus mejillas de vergüenza al ver desbaratados sus planes, y descubiertas sus mañas: y calló de predicarse humilde, y ya no se llamó mas pecadora e indigna. Es esta humildad de garabato, decía un hombre muy sabio, pues con esta estratagemata aparentando huir las alabanzas vamos a caza de ellas de un modo encubierto y por ende más reprobado, más indigno. Con un desprecio queremos sacar una alabanza. ¡Ay! ¡que decía bien la humildísima Teresa de Jesús que son terribles los ardides del demonio para que las almas no se entiendan y sean de veras humildes!

Pues aprendamos de nuestra gran Santa la verdadera humildad.

Todo su afán era para darse a conocer a todos los que trataba por lo que ella se creía ser. Reputábase en su humildad, como hemos visto ya, por mujer ruin, boba y pecadora, y desvíase para que todos los que trataban tuviesen de ella y de su virtud formado el mismo concepto, y alegrábase muy mucho cuando tenía la dicha de hallar alguna persona que la juzgase desfavorablemente.

D. Alonso de Quiñones, persona muy principal, visitóla una vez de encubierto, y al hablar con ella díjole con cierto tono de reconvención severa para probarla: que se acordase de Magdalena de la Cruz, mujer que era tenida por santa por el pueblo, y después descubrióse su hipocresía; mas la Santa sin inmutarse, ni ofenderse por tan ruin recuerdo, respondió: " ¡Ah señor! Nunca vez me acuerdo de ella que no tiemble."

Fundado el convento de San José en Toledo vino al torno un hombre que le dijo entre otros baldones que no fundaba conventos sino porque la tuvieran por santa. Oyóla la santa Madre sin alterarse; mas cuando lo supo el confesor la dijo para consolarla: "No haga caso, Madre Teresa, que era un hombre loco el que así habló." Y la Santa replicóle luego: "No es loco, Padre mío, aquel hombre, sino muy cuerdo, pues me dice las verdades." ¡Oh Santa humildísima! Como tú tu te llamabas a veces santa sin pies ni cabeza, y por tal te tenías, es música suave a tus oídos el oír que otros haciéndose ecos de tus palabras y sentimientos, lo repiten con fidelidad. Mas, ¡cuán diferente es nuestro proceder! A cada paso nos llamamos también pecadores y malos. Mas ¡ay! ¡cuán pronto nos enfadamos si otros repiten lo mismo

que nosotros decimos! Enséñanos, humilde Teresa, á conformar siempre nuestras palabras con nuestros sentimientos, y estos con las obras, para que seamos verdaderos en todo, y por consiguiente, verdaderamente humildes.

Todos saben que Teresa de Jesús no pecó por vanagloria o hipocresía, a pesar de tener tan relevantes prendas capaces de envanecer a otro corazón humano menos grande que el de la ilustre Doctora. Pues esto y todo, Teresa de Jesús agradecía en el alma las súplicas que una de sus hijas había hecho al verla tan honrada, para que no se enseñorease de su corazón la vanidad.

Fue el caso que yendo la Santa a la fundación de su convento de monjas de Medina del Campo, pasó por la villa de Madrigal, donde vivía la que después fue coadjutora de la Santa en su reforma, Catalina de Cristo. Viendo ésta cómo se llenaban las calles para admirar a la Santa, y temiendo algún aire de vanidad, no podía sino pronunciar estas palabras: "Dios te ayude: Dios te tenga en sus manos." Cuando fue monja descalza refirió el suceso a santa Teresa de Jesús, la que sonriendo la dijo: "¡Ay! Hija mía, ¡y qué bien hacía! ¡Mucha necesidad tenía yo de esos socorros!" Bien hizo la buena Catalina de Cristo en procurar á la Santa estos socorros, orando para que el viento de la vanidad no le robase todos sus méritos; pero mejor la magnánima Teresa de Jesús humillándose así con gracia, y no llevando a mal que otros la juzgasen sujeta a las miserias comunes de todas las hijas de Eva.

Era en Teresa de Jesús verdaderamente una pasión el buscar ser tenida en poco: Como era tan de veras humilde, no se quejaba del mal que de ella decían; antes bien se alegraba, como ella dice, por estas palabras¹: "Nunca oí decir nada de mí que fuese malo, que no viese claro que quedaban cortos; porque aunque no eran las mismas cosas, tenía ofendido a Dios nuestro Señor en otras muchas, y parecíame que habían hecho harto en dejar aquellas, que siempre me huelgo yo más, que digan de mí lo que no es, que no las verdades. *Bien mirado nunca nos culpan sin culpas*, que siempre andamos llenas de ellas, pues cae siete veces al día el justo, y sería mentir decir que no tenemos pecado. Ansí, concluía la Santa, que aunque no sea en lo mismo que nos culpan nunca estamos sin culpa del todo, como lo estaba el buen Jesús."

¡Cómo discurría la humildísima Teresa, para convencerse y convencer a sus hijas de que no se defendiesen cuando se vieran culpadas! No importa sea en cosa de que estemos inocentes. Tanto mejor, dice Teresa, pues es motivo de agradecimiento a los que nos mal hablan, el que callen la verdad y digan lo que es falso, pues en el primer caso no tendríamos razón de alegrarnos, ni reputarnos bienaventurados, porque la condición que señala el Evangelio para creernos felices cuando se diga mal de nosotros, es que sea mintiendo los que tal digan. Y si esto no basta, nos recuerda para animarnos a no murmurar, ni quejarnos cuando oigamos que se habla mal de nosotros, el ejemplo del buen Jesús, que estando del todo inocente no abrió sus labios contra los calumniadores.

Los arrobamientos y éxtasis, y otras gracias extraordinarias la daban grandísima pena al pensar si por ellos la habían de tener por mejor. Explicando sus arrobamientos dice así: "Otras veces me atormentaba mucho y aun ahora me atormenta ver que se hace mucho caso de mí, en especial personas principales, y de que decían mucho bien: en esto he pasado y paso mucho. Miro luego a la vida de Cristo y de los Santos, y paréceme que voy al revés, que ellos no iban sino por desprecio e injurias, háceme andar temerosa, y como que no oso alzar la cabeza, ni querría parecer: lo que no hago cuando tengo persecuciones, anda el alma tan señora, aunque el cuerpo lo siente, y por otra parte ando afligida, que yo no sé como esto puede ser: mas pasa ansí, que entonces parece está el alma en su reino, y que lo trae todo debajo de los pies. Dábame algunas veces, y duróme hartos días, y parecía era virtud y humildad por una parte, y ahora veo claro era tentación (un fraile dominico, gran letrado, me lo declaró bien) cuando pensaba que estas mercedes que el Señor me hace se habían de venir á saber en público, era tan excesivo el tormento, que me inquietaba mucho el alma. Vino a términos, que considerándolo de mejor gana me parece me determinaba a que me enterraran viva, que por esto; y ansí cuando me comenzaron estos grandes recogimientos o arroba-mientos a no poder resistirlos aun en público, quedaba yo después tan corrida, que no quisiera parecer a donde nadie me viera.

"Estando una vez muy fatigada desto, me dijo el Señor, ¿que qué temía? Que en esto no podía sino haber dos cosas, o que murmurasen de mí, o que alabasen a él. Dando a entender, que los que lo creían le alabarían, y los que no, era condenarme sin culpa, y que ambas cosas eran ganancia para mí, que no me fatigase. Mucho me sosegó esto, y me

---

¹ Cam. De perf., c. 15.

consuela cuando se me acuerda. Vino a términos la tentación, que me quería ir deste lugar y dotar en otro monasterio muy más encerrado que en el que yo al presente estaba, que había oído decir muchos extremos dél (era también de mi orden y muy lejos, que esto es lo que a mí me consolara estar adonde no me conocieran), y nunca mi confesor me dejó. Mucho me quitaban la libertad del espíritu estos temores (que después vine yo a entender no era buena humildad, pues tanto inquietaba), y me enseñó el Señor esta verdad; que si yo tan determinada y cierta estuviera, que no era ninguna cosa buena mía, sino de Dios, que ansí como no me pesaba de oír loar a otras personas, antes me holgaba y consolaba mucho de ver que allí se mostraba Dios, que tampoco me pesaría mostrarse en mí sus obras. Procedía esto no de humildad, a mi parecer, sino de una tentación venían muchas, parecíame que a todos los traía engañados, y (aunque es verdad que andan engañados en pensar que hay algún bien en mí) no era mi deseo engañarlos, ni jamás tal pretendí.”

¿Quién habrá, amante de Teresa, a vista de tan ingenuas y humildísimas confesiones, que no se enamore más y más de alma tan santa, y de la virtud de la humildad por ella tan heroicamente practicada? ¡Cuán cierto es que todas las virtudes cobran nuevo brillo e interés practicadas por almas tan hermosas como la de Teresa! Amemos, pues, a Teresa de Jesús, imitando su profundísima humildad.- O.

SÚPLICA DE LA CATÓLICA ESPAÑA

A SU EXCELSA PATRONA SANTA TERESA DE JESÚS EN EL DÍA DE SU FIESTA

I.

Respice de caelo et vide

Mira con amorosos ojos, amada mía, en el día grande de tu fiesta y de alegría para tu corazón, a la pobre España que te aclama por su mas ilustre hija y valedora.

Acuérdate ¡oh gran Teresa! de lo que me ha sucedido. Vuelve, vuelve tus ojos hacia mí, y mírame puesta en soledad y llanto, herida de la justicia de Dios.

Torna tus ojos hermosos y clementes a tu España malaventurada, oprimida de amargura. Es tu Madre que te dio el ser. ¿Acaso puede olvidarse un hijo de su madre o mostrarse insensible a su llanto?

Contempla, pues, desde el cielo, Hija la más amada de mi corazón, mi situación angustiosa. Mira como la Señora de las naciones ha quedado como viuda desamparada. Sus enemigos se han enseñoreado de ella: los que la odiaban se han enriquecido con sus despojos. Ella ha visto entrar en su santuario gentes, de las cuales había el Señor mandado que no entrasen en la iglesia.

Enlutados están los caminos de los mejores de sus templos, porque no hay quien vaya a sus solemnidades. Dispersas, ¡ay! Dispersas están las piedras de los santuarios por los ángulos de todas las plazas; gimiendo sus sacerdotes en la cárcel o el destierro, llenas de tristeza las vírgenes del Señor, arrojadas de sus asilos en nombre de la libertad de conciencia y tolerancia religiosa.

Mira y considera nuestra ignominia.

Nuestra heredad ha pasado a manos de extranjeros, en poder de extraños se hallan nuestras casas de oración. Nos hemos quedado como huérfanos, privados de su padre: están como viudas nuestras madres.

Pecaron nuestros padres dejándose engañar ¡incautos! Por los que les contaron dulces mentiras; y el castigo de sus iniquidades le llevamos nosotros.

Por esto estoy yo llorando, y son mis ojos fuentes de agua, porque está lejos de mí el Consolador que haga revivir el alma mía.

Míralo, Teresa de Jesús, y considera cómo estoy envilecida. Mira, o Patrona mía, cómo estoy atribulada: conmovidas están mis entrañas: se ha trastornado todo mi corazón: llena estoy de amargura.

Extinguióse la alegría en nuestro corazón: convertido se han en luto nuestras danzas. Han caído de nuestras cabezas las guirnaldas: ¡Ay de nosotros que hemos pecado!

Por esto ha quedado melancólico nuestro corazón: por esto perdieron la luz nuestros ojos: desterrada está de mí alma la paz, y no sé ya lo que es felicidad.

II.

Visita vineam istam, quam plantavit dextera tua.

Visita tu viña, viña que plantó con tantos esfuerzos tu brazo.

Acuérdate de los sudores que derramaste cultivando esta viña. Mírala hoy devastada, hollada por los jabalíes del bosque y las raposas y demás fieras, y vendimiada por sus enemigos.

Nada le queda de su verdor y lozanía. Los que antes la vieron frondosa y cargada de sabrosos frutos, y la envidiaron por su fertilidad, al pasar por el camino hoy la desprecian, y moviendo la cabeza exclaman: ¿Esta es la heredad de María y de Teresa de Jesús, la católica España, que fue en otros tiempos la admiración del orbe? ¡Cómo ha perdido su belleza, y ha sido hecha el ludibrio de las gentes! La hemos mirado, y apenas rastro le queda de su antigua y renombrada hermosura, grandeza y pujanza.

Visita tu viña, Protectora mía, que aunque devastada, todavía quedan en pie algunos de sus vástagos lozanos que tú plantaste. Allí colgaste el nido de tus amores, y las tiernasavecillas que en él se guarecen de la tempestad, cantan aun en música dulcísima, que jamás ensordece cánticos de alabanza y acción de gracias a tu Dueño amado el divino Jesús. Verdad es que el huracán de la impiedad tronchó algunos de sus vástagos que yacen por el suelo pisados con indiferencia o con desprecio por algunos de los españoles; pero alguno queda de estos vástagos, y sólo espera tiempos bonancibles para brotar nuevos pimpollos y hermoear tu heredad con sus vistosas hojas y dorados frutos.

III.

Et perfice eam.

No te olvides, pues, de tu viña, oh amada mía, en el día de tu fiesta; y en el extremo de su trabajo, perfecciónala, renuévala, cultívala con nuevos cuidados para que sea otra vez viña de Engaddi, frondosa y cargada de ricos frutos para la salvación del mundo.

Conviértenos a tu Jesús, oh gran Teresa, y nos convertiremos: renueva tú nuestros días antiguos, felices y llenos de paz. ¿Por qué para siempre te has de olvidar tú de nosotros? ¿Nos has de tener como abandonados por largos años? El Señor tu Dios parece nos ha desechado para siempre: se ha irritado terriblemente contra nosotros. Mas tú a quien no niega cosa alguna el Señor, conviértenos a tu Jesús y nos convertiremos, y florecerá el reinado de la justicia y de la paz.

IV.

España, España, conviértete a tu Dios y Señor.
(Santa Teresa de Jesús).

¿Con quién te compararé, oh patria mía muy querida, o a qué cosa te asemejaré? ¿A quién te igualaré a fin de consolarte? Porque grande es como el mar tu quebranto. ¿Quién podrá remediarte?

Falsos profetas te vaticinaron cosas vanas y necias; y tú les diste crédito. Maestros inicuos te predicaron funestas doctrinas doradas con falsos halagos, y tú les diste oídos, y no te manifestaron tus maldades y los castigos que el Señor tiene reservados al pueblo prevaricador para moverte a penitencia.

Pecaste enormemente, oh patria mía, y provocaste al Señor a enojo, porque has sido la más ingrata nación del mundo a los singulares favores que el cielo te ha dispensado.

Tú la nación más privilegiada, el país mimado de la Providencia paternal de Dios, el patrimonio de María, la hija primogénita de la Iglesia. El buey conoció a su poseedor, y el asno el pesebre de su señor.

Mas España no ha conocido a su único Señor y Salvador, y no ha querido entender su fin. ¡Ingrata! ¿Así correspondes a las finezas de un infinito amor? ¿Esta es la paga que das a tamaños beneficios?

Por eso se muestra el Señor inexorable, se ha cubierto de furor, y te ha castigado de un modo ejemplar. Puso una nube delante de sí, para que no pudiesen llegar a su presencia tus plegarias. Te ha arrojado como basura en medio de los pueblos. Han abierto todos los enemigos del nombre cristiano su boca contra ti, daban silbidos y rechinaban sus dientes, y han dicho: Nosotros nos la tragaremos: ya llegó el día que con tanta ansia estábamos aguardando: ya vino, ya le tenemos delante...

¡Oh España mía! Derrama día y noche, haz correr a manera de torrente tus lágrimas; no reposes, ni cesen de llorar tus ojos. Levántate, clama de día y de noche al Señor tu Dios, haz penitencia haciéndole presente tus males, y prometiéndole enmienda. Aún es tiempo.

Examina y escudriña tus pasos, y conviértete al Señor. Levanta al cielo, hacia el Señor, junto con las manos, los corazones. Acuérdate, patria mía, de las misericordias que ha obrado contigo el Señor, y verás que a ellas se debe el que no haya sido consumida del todo, porque jamás han faltado sus piedades. Cada día las hay nuevas desde muy de mañana, porque grande es la fidelidad del Señor. Confía en su misericordia.

Bueno es el Señor mi Dios para los que esperan en él, para las almas que le buscan. Bueno es aguardar en silencio la salvación que de él viene. No para siempre te desechará el Señor: aún se apiadará de ti, pobre España, según la abundancia de sus misericordias. Puesto que no de buena gana abate él, ni desecha a los hijos que más ama., ni huella debajo de sus pies como un tirano, ni pesa con infiel balanza la causa del hombre, ni le daña con injusta sentencia: esto no sabe hacerlo el Señor.

¿Quién es aquel que ha dicho que se hace alguna cosa sin que el Señor la ordene? ¿No vienen acaso de orden del Señor los males y los bienes? Pues ¿por qué se ha de quejar nunca hombre viviente del castigo de sus pecados?

Oye, pues, mi voz, querida España; arrepíentete, y el Señor se acordará de ti en su misericordia.

V.

Oración de Teresa a su Jesús intercediendo por su España.

¡Oh Señor Jesús, Bien mío y Dios mío! Mira y considera a quién has tú desolado en extremo. ¿Y será verdad, Señor, que te has olvidado de tu España, la nación más querida de tu corazón, a la que más has distinguido entre todas las del mundo?

Enormes han sido en verdad los pecados de España: por eso ha quedado divagando sin estabilidad. Mas tú, Señor, que te precias de misericordioso, apiádate de ella; da fin a su llanto, tórnale la alegría y la paz. Mira su aflicción, porque el enemigo se ha engreído y en son de mofa exclama todos los días: “¿Dónde está, España católica, tu Dios, el Dios que tantas maravillas obró con tus padres?” Ha venido a ser el escarnio de todos los pueblos y su cantinela diaria. Y en tanto de continuo tiene en la memoria estas cosas, y se repudre dentro de sí su alma.

¡Oh Señor Jesús! ¡mi Esposo y mi Amado! Acuérdate que me prometiste un día que me concederías todo lo que te pidiese. A ti vengo, pues, en este día, pidiéndote cumplas tu palabra y des paz a mi España.

Deshácese mis ojos en continuo llanto; ni tendrá mi alma reposo y contentamiento perfecto hasta tanto que vuelvas, Jesús mío, desde el cielo tu vista, y tornes a mirar a mi patria querida con amorosos ojos.

Las muchas lágrimas que he derramado por los desastres de todos mis hijos los españoles han consumido en mí todo el espíritu vital.

Sus dolores y sus tribulaciones hanme herido el corazón, y de él brotaron y crecen espinas, al ver el quebranto y tribulación de los hijos de mi pueblo, cuando se deshacían o profanaban los templos, se perseguía y asesinaba a los sacerdotes, se arrancaba de sus de sus moradas a las vírgenes a ti consagradas, se convertían los conventos y casas de oración en casas de perdición, o inmundos establos, y se llamaban y se mimaban para que viniesen a fructificar y arraigar en mi patria los herejes y protestantes.

¡Oh Dios eterno, misericordioso y paciente! Has llenado a mi patria de amargura; le has embriagado de ajeno. Baste ya, Señor, de castigos, resplandezca tu misericordia.

Yo invoco tu nombre santo y llamo a las puertas de tu Corazón compasivo —que ha de reinar en España- para que no cierres tus oídos a mis sollozos y clamores. Tú me acercaste a

tu Corazón cuando te invoqué, y me dijiste: "no temas por tu España. En el extremo de su trabajo brillará el extremo de mi amor."

Pues, ya Señor, ya Señor hora es que falles a favor de mi patria. Viste ya las iniquidades de sus enemigos: hazle justicia.

Viste su furor y todas sus maquinaciones contra ella: oíste sus blasfemias y sus proyectos contra lo más santo y sagrado, y las palabras malignas y todo cuanto traman continuamente para destruir de ella hasta el recuerdo de tu santo nombre. Repara, Bien mío, todas sus idas y vueltas: la España católica es siempre el objeto de sus canciones burlescas. Dales, pues, Señor, lo que merecen las obras de sus manos. Pon sobre el corazón de sus enemigos en vez de escudo las aflicciones que maquinan, y cógelos en sus mismos lazos.

Y a mi España arrepentida y humillada dale paz cuanto antes, dale tu bendición.

VI.

Gózate y regocíjate, patria mía, porque tiene su término el castigo de tu maldad...

Espera en el Señor que es bueno... y no serás confundida. Ora sin cesar al Corazón de mi Jesús, que desea reinar en ti. Ama a Dios y sé agradecida... Espera con confianza... Ora con fervor... Ama a Jesús de Teresa... Invoca con confianza a Teresa de Jesús, que es tu patrona, y serás feliz.

El Solitario.

SECCIÓN HISTÓRICA.

LA VIRTUD EN ACCIÓN

No hay en esta vida cosa ni más dulce,
ni más apacible, ni más amable que la
virtud.

(San Juan Crisóstomo)

Ven muerte tan escondida
que no te sienta venir;
porque el gozo de morir
no me vuelva a dar la vida.

Así cantaba al fin de sus días ansiosa de ver a su Dios una de las hijas más privilegiadas de Teresa de Jesús, la venerable Catalina de Jesús, -en el mundo D.^a Catalina de Sandoval-, cuya milagrosa conversión y admirable vida nos cuenta la Historiadora seráfica por estas palabras²:

"Fundóse este monasterio del bienaventurado san Josef de la villa de Veas, día de santo Matía año de 1575. Fue su principio de la manera que se sigue, para honra y gloria de Dios. Había en esta villa un caballero que se llamaba Sancho Rodríguez de Sandoval, de noble linaje, con hartos bienes temporales. Fue casado con una señora llamada D.^a. Catalina Godínez. Entre otros hijos que Nuestro Señor les dio, fueron dos hijas, que son las que han fundado el dicho monasterio, llamadas la mayor D.^a. Catalina Godínez, y la menor D.^a. María de Sandoval. Habría la menor catorce años, cuando Nuestro Señor la llamó para sí: hasta esta edad estaba muy fuera de dejar el mundo: antes tenía una estima de sí, de manera que le parecía todo era poco lo que su padre pretendía en casamiento que la traían.

"Estando un día en una pieza que estaba después de la en que su padre estaba, aún no siendo levantado, acaso llegó a leer en un Crucifijo que allí estaba el título que se pone sobre la cruz, y súbitamente en leyéndole la mudó toda el Señor, porque ella había estado pensando en un casamiento que la traían, que le estaba demasiado de bien y diciendo entre sí: Con qué poco se contenta mi padre, con que tenga un mayorazgo, y pienso yo que ha de comenzar mi linaje en mí. No era inclinada a casarse, que le parecía era cosa baja estar sujeta

---

² Fund. c: 22

a nadie, ni entendía por donde le venía esta soberbia. Entendió el Señor por dónde le había de remediar. Bendita sea su misericordia. Así como leyó el título, le pareció había venido una luz a su alma para entender la verdad, como si en una pieza oscura entrara el sol; y con esta luz puso los ojos en el Señor, que estaba en la cruz corriendo sangre, y pensó cuán maltratado estaba y en su gran humildad, y cuán diferente camino llevaba ella yendo por soberbia. En esto debía de estar algún espacio, que la suspendió el Señor. Allí le dio su Majestad un propio conocimiento grande de su miseria, y quisiera que todos lo entendieran: dióle un deseo de padecer por Dios tan grande, que todo lo que pasaron los mártires quisiera ella padecer, junto con una humillación tan profunda de humildad y aborrecimiento de sí, que si no fuera por no haber ofendido a Dios, quisiera ser una mujer muy perdida para que todos la aborrecieran; y así se comenzó a aborrecer con grandes deseos de penitencia, que después puso por obra. Luego prometió allí castidad y pobreza, y quisiera verse tan sujeta, que a tierra de moros se holgara entonces la llevaran por estarlo.

“Todas estas virtudes le han durado de manera, que se vio bien ser merced sobrenatural de Nuestro Señor, como adelante se dirá para que todos le alaben. Seáis Vos bendito, mi Dios, por siempre jamás, que en un momento deshacéis un alma y la tornais a hacer. ¿Qué es esto, Señor? Querría yo preguntar aquí lo que los Apóstoles, ¿cuándo sanasteis al ciego, os preguntaron diciendo, si lo habían pecado sus padres? Yo digo que ¿quién había merecido tan soberana merced? Ella no, porque ya está dicho de los pensamientos que la sacaste cuándo se la hiciste. ¡Oh grandes son vuestros juicios, Señor! Vos sabéis lo que hacéis, y yo no sé lo que me digo, pues son incomprensibles vuestras obras y juicios. Seáis para siempre glorificado, que tenéis poder para más: ¿qué fuera de mí, si esto no fuera alguna parte su madre? Que era tanta su cristiandad, que sería posible quisiese vuestra bondad como piadoso, que viese en su vida tan gran virtud en las hijas. Algunas veces pienso hacéis semejantes mercedes a los que os aman, y Vos les hacéis tanto bien como es darles con que os sirvan.

“Estando en esto vino un ruido tan grande encima en la pieza, que parecía toda se venía abajo: pareció que por un rincón bajaba todo aquel ruido adonde ella estaba, y oyó grandes bramidos que duraron algún espacio; de manera, que a su padre (que aunque como he dicho no era levantado) le dio tan gran temor, que comenzó a temblar, y como desatinado, tomó una ropa y su espada, y entró allá y muy demudado le preguntó ¿qué era aquello? Ella le dijo que no había visto nada. El miró otra pieza mas adentro, y como no vio nada, díjole que se fuese con su madre, y a ella le dijo que no la dejase estar sola, y le contó lo que había oído. Bien se da a entender de aquí lo que el demonio debe sentir, cuando ve perder un alma de su poder que él tiene ya por ganada, como es tan enemigo de nuestro bien no me espanto, que viendo hacer al Señor tantas mercedes juntas, se espantase él y hiciese tan gran muestra de su sentimiento, en especial que entendería que con la riqueza que quedaba en aquella alma, había de quedar él sin algunas otras que tenía por suyas. Porque tengo para mí, que nunca Nuestro Señor hace merced tan grande, sin que alcance parte a más que la misma persona. Ella nunca dijo de esto nada, mas quedó con grandísima gana de religión, y lo pidió mucho a sus padres, ellos nunca se lo consintieron.”

(Se continuará).

EL CORAZÓN DE TERESA DE JESÚS Y EL DE JESÚS DE TERESA.

III

Juzgamos nos agradecerán nuestros lectores amantes de todo lo que se relaciona con nuestra ilustre Santa, que les demos a conocer el dictamen facultativo de los Doctores de medicina y cirugía de la Universidad de Salamanca, acerca del estado actual del corazón seráfico de santa Teresa de Jesús. Como es un informe razonado, del que se manda copia a Roma, para que dé su sentencia autorizada sobre este prodigio nuevo y sin precedente en la historia, lo copiamos íntegro, sin perjuicio de comunicar más detalles sobre este asunto de

interés más adelante, pues nos consta se están ultimando nuevos informes por la autoridad eclesiástica acerca el particular. Helo aquí:

“En la villa de Alba de Tormes, a diez y siete de julio de mil ochocientos setenta y dos, siendo las once de su mañana, hora destinada por la reverenda Madre Priora del convento de las Madres Carmelitas descalzas de esta referida villa, para franquear, autorizada por el excelentísimo e ilustrísimo señor Obispo de esta diócesis, la clausura con objeto de observar detenidamente el corazón de santa Teresa de Jesús, reunidos en la portería del citado convento, el Dr. D. Manuel Elena, profesor de medicina, D. Domingo Sánchez, profesor de cirugía, D. Miguel Sánchez Teruel, auxiliar designado por estos para la visita ocular conmigo el infrascrito Fr. Santos del Carmelo Salcedo, secretario nombrado por el excelentísimo e ilustrísimo señor Obispo de esta diócesis para levantar la presente acta; se puso de manifiesto a la reverenda Madre Priora el oficio de autorización que en once del corriente dirigió el excelentísimo e ilustrísimo señor Obispo al profesor de medicina Sr. Elena, para que acompañado de los señores citados pudieran observar y emitir a su tiempo un científico y razonado dictamen acerca de la aparición y crecimiento que al parecer se observa en las espinas del corazón de santa Teresa de Jesús; y abierta la clausura penetraron en el convento, trasladándose al camarín donde se halla colocada la santa reliquia, acompañados de la reverenda Madre Priora, la Subpriora, Clavarias y Terceras de la Comunidad, y puesta la urna o capillita en que se halla colocado el santo corazón, sobre una mesa inmediata a la ventana del camarín, con luz clara y bastante, se procedió por los facultativos a practicar un minucioso y detenido examen de la santa reliquia, tomando la medida de la longitud de las espinas y corazón y diámetro de éste, y habiendo manifestado hallarse completamente enterados de todo se dio por terminado este acto a la una de la tarde con la extensión de la presente acta, que firman todos los concurrentes, y que yo el secretario nombrado al efecto certifico.

“Dr. D. Manuel Elena.- Domingo Sánchez.- Miguel Sánchez Teruel.- Fr. Santos del Carmelo, Salcedo, *secretario*.”

DICTAMEN FACULTATIVO.

“Los que suscriben profesores en medicina y cirugía, encargados por el excelentísimo e ilustrísimo señor Obispo de esta diócesis para reconocer el corazón de santa Teresa de Jesús y la aparición periódica y crecimiento que al parecer se observa en las espinas del mismo, han examinado detenida y escrupulosamente la citada reliquia, y aunque no exactamente, por impedirlo el fanal de cristal que la cubre, han obtenido de una manera muy aproximada las dimensiones, no sólo del santo corazón, sino de las excrescencias, al parecer espinas, cuya aparición periódica y crecimiento viene observándose por las Religiosas, según manifestación de las mismas, resultando de este examen físico que la longitud del corazón es de cien milímetros, siendo su diámetro de cuarenta en la parte superior, veinte y cinco en la media y doce en la inferior.

“Las excrescencias, que al parecer se asemejan a espinas, son cuatro, dos en la parte derecha y dos en la izquierda: las mayores, que según las Religiosas empezaron a observarse en 19 de marzo de 1836, tienen una longitud de cincuenta y nueve milímetros la de la derecha, y cincuenta y tres la de la izquierda, hallándose ésta despuntada y obtusa, por haber sin duda tocado en la cara interna del cristal que las encierra; la tercera, que se halla a la izquierda, y empezó a verse el 27 de agosto de 1864, tiene diez y ocho milímetros de longitud, habiéndose observado otra a la derecha de cinco milímetros, teniendo todas ellas un grueso adecuado a la altura.

“Reconocido autonómica-patológicamente el santo corazón, observan que la longitud que hoy día tiene está en relación de la que puede próximamente ser en su estado cadavérico primitivo de figura *cordis* prolongado: está situado perpendicularmente con su base en la parte superior, y su vértice en la inferior, notándose sobre las regiones de las aurículas derecha e izquierda del mismo una solución de continuidad tan manifiesta, que se deja ver el grueso de la citada víscera, el color de su hábito exterior, con especialidad a continuación de la abertura, a manera de irradiación, y en una superficie de diez milímetros próximamente en su parte inferior, es de rubro bronceado, parecido al que se observa patológicamente en un corazón humano que lleva sin vida más de medio año, sin ser embalsamado, ni inhumado, preservándole del aire atmosférico; el color oscuro sube a medida que se aproxima a la abertura que llevan descrita, siendo más claro en el resto, tanto en su cara anterior como en la posterior, presentándose, en toda su superficie exterior, escabrosa y en un estado de desecación bastante

marcado; el color de las llamadas excrecencias, al parecer espinas, es con corta diferencia como el del corazón en su parte más clara. Hállase el corazón suspendido por medio de alambres que vienen a sujetarse a la parte superior del fanal en que se encierra; dentro de éste, en su parte inferior, tocando con la mitad del vértice del santo corazón, se halla depositado como cosa de media onza de un polvillo, que según su opinión son residuos de la capa exterior desprendida del mismo, y he ahí de dónde nacen las excrecencias, al parecer espinas, que llevan descritas.

“En vista, pues, de las anteriores observaciones, y queriendo los que suscriben llevar sus investigaciones hasta el último extremo, han examinado también el brazo de santa Teresa, encerrado de la misma manera que el santo corazón, si bien que algunos años antes, según se les informó, en un fanal herméticamente cerrado, han podido juzgar que no obstante componerse los dos de la misma textura orgánica, si bien el brazo adherido a los huesos de brazo y antebrazo, sustancia más sólida y de más duración que la muscular; éste presenta un color y consistencia al parecer propio de momia, cosa que en aquel no sucede, y sin que a pesar de hallarse puesto al descubierto la parte superior del hueso del brazo por haber desaparecido la parte carnosa o muscular, se observa excrecencias de ninguna especie, como sucede en el corazón, cuando las causas que han obrado sobre las dos reliquias son las mismas.

“Por último, y sentado ya de que las excrecencias de que se ocupan, tienen, al parecer, su origen o nacimiento en el depósito de polvo que existe en la parte inferior del fanal, donde toca la mitad del vértice del corazón, depósito que en su limitada ciencia califican de cuerpo orgánico exento de toda clase de semillas, y privado de ventilación, ha llamado poderosamente su atención el crecimiento y desarrollo de los cuerpos designados, a la manera de los organizados de abajo a arriba, como sucede en las plantas, cuando es sabido que por las leyes físicas, y sobre todo por la fundamental de gravedad, los cuerpos inorgánicos crecen, o más bien aumentan su volumen por *juxta* posición, como debiera suceder en los que nos ocupan.

“Por las razones expuestas, los que suscriben, cumpliendo fielmente el cargo que se les ha confiado, no pueden menos de manifestar que en su corta inteligencia no hay medio hábil de que la ciencia explique de una manera satisfactoria el suceso sobre que están llamados a emitir su juicio, el cual desde luego piadosamente pensando y no hallando explicación natural en la ciencia, no dudan en calificar de preternatural (sobrenatural) o prodigioso.

“Alba de Tormes 23 de julio de 1872.

“Dr. Manuel Elena.- Domingo Sánchez.- *Es copia.*- Fr. Santos Salcedo, *secretario.*”

(Se continuará)

UN PASEO.

(Conclusión).

III.

Tarea por demás prolija e inacabable sería daros a entender, mis queridos lectores, el mundo de deliciosas sensaciones que despertó en mi alma la inesperada cuanto agradable visita que acababa de hacer con mi amigo.

¡Me sentía tan bien conmigo mismo, había tanta luz, tanta pureza y diafanidad en mi pensamiento, tan exquisito era el goce que llenaba mi corazón, aún después de haber salido del taller del artista, que ni siquiera pensé en valerme por entonces de la palabra, harto pobre, mezquina y sin color para expresar la soberana grandeza de esas misteriosas emociones del alma que a las veces nos reconcilian con la dicha.

¡Ah! Las bellas artes parecen restituir nuestros espíritus a su verdadero mundo. Angeles de blancas y aéreas alas que de la tierra nos levantan y nos transportan a la encantadora región de la poesía y del sentimiento, las bellas artes nos hacen mejores, y nos prodigan grandes y purísimos consuelos.

Seguía con el corazón embargado a mi amigo que, adivinando mis deseos, me guiaba, según pude desde luego comprender, hacia las deliciosas afueras de la ciudad. Pasamos por delante de esa riquísima joya del arte arquitectónico, la gótica catedral, libro palpitante aun de

vida y sentimiento, donde el poderoso soplo de una generación gloriosa supo dejar como impresa en sus eternas páginas de granito la doble y brillante huella de una civilización no comprendida aun por lo grande, y de una fe potente y avasalladora.

Atravesamos, por fin, una calle larguísima por donde pasaban a la sazón interminables hileras de carros colmados hasta más no poder de heno y paja, en cuya alta cima andaban sentados, como en una torre ambulante, multitud de mujeres y chiquillos, cuyo aspecto animado y pintoresco cuanto cabe, trae a la memoria las sencillas y deliciosas costumbres de la campiña romana. Luego después, el campo libre, con sus horizontes de luz, con sus aromados vientos, sus frondas y riberas.

¡Con qué deleite se abren los sentidos a esa múltiple e inexplicable sensación que en todo nuestro ser derrama el aspecto de las campiñas! ¡Con qué viveza late el corazón en el amante regazo de la naturaleza donde suena el eterno arrullo de amores virginales! ¡Y cómo, rotos los grillos y cadenas que la vida de la ciudad impone, se eleva y engrandece el pensamiento, cual si experimentara su nativa altivez, sus alientos de rey en el floreciente imperio de la creación!

¿Es que se siente mejor a Dios en el seno de los campos, y que la ciudad con su aturdimiento perdurable viene a oscurecer esta idea en nuestras almas?

Mas, dejándonos de filosofías que no vienen al caso, seguía paseando con mi amigo a lo largo de dos hileras de pomposos árboles que enlazando sus ramas forman frescas bóvedas de follaje, y en medio de esas voces y armonías que exhalan las mecidas hojas, los vientos que gimen, los pájaros que cantan, las riberas que suenan, también el corazón hubo de estallar en sentidas voces, añadiendo una nota al concierto solemne que la creación levantaba.

Después del torrente de ardorosos encarecimientos que brotaron de mi boca, y que mi indulgente amigo tuvo la paciencia de escuchar complacido, giró nuestra conversación sobre la saludable influencia de las bellas artes cuando andan bien dirigidas, y de lo que deben a la Religión, manantial inagotable de sus más sublimes inspiraciones.

Según mi costumbre, que conservo desde niño, me incliné para coger unas florecillas azules y pálidas, que esmaltaban aquellos céspedes, exclamando al mismo tiempo:

- Mira qué escasas andan ya estas picarillas *estrellas de la tierra* como las llama Fernán; ¿será que se avecina el otoño?
- ¿Escasas las flores? repuso mi amigo. Pues ven no lejos de aquí, y verás cómo despunta una nueva primavera, coronada de rosas y vestida de siemprevivas, como dirías tú.

Y atravesando por un sendero de fresca y menuda yerba cubierto, que serpenteaba por entre hermosos tablares de hortaliza, orlados de árboles frutales cargados de fruta, se ofreció a nuestros ojos, limpia y nevada como una paloma, una graciosa casita medio oculta por el follaje, y tapizada por las enredaderas que desde la tierra trepan hasta un balcón de madera, en cuyos balaustres forman delicadas labores de esmeralda.

Penetramos el umbral de aquella vivienda, y de pronto hirió nuestros oídos un rumor parecido al alegre y delicioso charlar de una nidada de pájaros, que cesó por completo apenas saludamos a unos ancianos labradores que estaban en los bajos de la casita.

Tras unos momentos, nos hicieron subir a un cuarto que daba vista a un pequeño jardín, y en cuya sala había una porción de muchachas muy atareadas en la confección de flores que, acabadas las unas, otras a medio hacer y no pocas casi en germen, llenaban anchos cajones de cartulina, y se derramaban profusamente sobre la cómoda, sobre la mesa, las sillas y hasta por el suelo.

Era en verdad el genio de la primavera el que allí había fijado su residencia y vertía el tesoro de sus encantos.

¡Ah, no! Más poderoso que todos los genios, y más bello que todas las ninfas de los vergeles, cernía allí sus alas de luz y de oro un hermosísimo espíritu de los cielos.

Era el espíritu de Teresa de Jesús que flotaba en el pensamiento, y bullía en el corazón de aquellas jóvenes, difundiendo alrededor un tesoro de tintas y perfumes.

Era el soplo fecundador del alma de Teresa que, al pasar por allí, hacía nacer delicadas flores, de la propia manera que al pasar por los corazones hace germinar en ellos virtuosos sentimientos.

Pero yo no sé qué extraño perfume exhalaban aquellas flores que después de acariciar los sentidos, se deslizaba con dulzura por el corazón, y venía a descansar y difundirse por los senos del alma. Olor de virginidad, aliento de pureza, desconocida esencia en que se debe de envolver, como en fragante nube, el alma de Teresa, y que impregnaba aquellas flores y embalsamaba aquel ambiente.

- ¡Cuánto trabajo y cuánta fatiga, mis buenas jóvenes! Les dije yo.
- Pues todo eso y muchísimo más, ¿no lo merece la Santa?
- ¡Oh! Eso sí; yo os envidio la dicha de poder obsequiarla de una manera tan delicada. Ella, cuya voluntad y afecto se atraían cuando vivía con agraviarla y hacerla daño, ¿cuánto no os estimará, y qué no sabrá hacer por vosotras que no le hacéis daño ni agravio alguno, si no es el agravio de embellecerla y regalarla demasiado?

Las muchachas se sonrieron sin parar en su trabajo.

De entre ellas, una recortaba con gracia las hojitas, otra formaba verdes tallos, esta pegaba con goma desleída los finísimos estambres, aquella daba matiz a los pétalos, y recogiendo otra todos estos fragmentos, como si tuviera el mágico poder de una hada, producía con la mayor naturalidad infinita variedad de lozanas y vistosas flores.

- ¿Pero dónde cabrán tantas flores? Les pregunté.
- Mire V., respondió una con vivacidad y que me pareció harto despejada; llenaremos jarrones y más jarrones, canastillos y más canastillos, y cuando nos sobren aún, formaremos con ellas un arco de triunfo que llegue a la alta bóveda de la iglesia.
- ¡Bravo! contesté; a eso llamo yo buena voluntad.

Pasamos revista a todo aquel mar de flores concluidas, y todas ellas nos gustaron en extremo. Colocadas en un jardín, las hubiera yo confundido con las de la naturaleza. Empero una flor —era una rosa pálida, bien lo recuerdo, —hubo de cautivar mis ojos y mi corazón. Aquel matiz desfalleciente, el ingenuo y descuidado pliegue de los delgados pétalos, como medio trenzados por el soplo halagador de las brisas, aquella corola dulcemente inclinada como bajo el peso de la lluvia, yo no sé si de lágrimas, pero que me pareció ver brillar allí, aquella inimitable, seductora negligencia que noté en todo el conjunto y que avaloraba todas sus gracias; — todo eso me reveló a mí una mano habilísima y un corazón de artista, adivinador de la verdadera belleza.

— ¿Y queréis ahora poseer vosotras el secreto de esa magia encantadora, jóvenes floristas? Pues quiero que lo sepáis, porque vosotras y vuestras flores ganarán con ello. La flor a que me refiero se hizo pensando e invocando fervorosamente a santa Teresa.

Tan pronto como nos despedimos de aquellas buenas muchachas, y apenas salimos de la blanca casita, las oímos entonar con alegres y regocijadas voces:

Pues del seráfico arpón
tu corazón fue pavesa ;
haz que por Dios, oh Teresa,
arda nuestro corazón.

IV.

El sol estaba a punto de ocultarse en las montañas de Occidente. Mi amigo y yo apresuramos el paso, atravesando de nuevo aquellos alineados tablares, perdiéndonos por las sombrías alamedas, cruzando aquellos largos paseos, y entrando, por fin, en la ciudad con más ganas de descansar que otra cosa.

Acabábamos de pasar una calle, cuando mi amigo me hizo entrar con él en el taller de un carpintero, quién a la sazón acababa unos grandes escudos, en cuyo fondo de lienzo se leerían magníficos elogios de Teresa, o sus dichos y máximas más notables. Afortunadamente estaba uno del todo concluido y pintado a la vez, y pude ya notar el bellissimo efecto que producía con su flotante orla de vistosas flores y coronado con los símbolos más gráficos de la esclarecida Doctora.

No estábamos ya muy lejos de la casa de mi amigo, punto donde imaginaba descansar sin otra tardanza y donde parecióme nos dirigíamos, cuando parado frente a una casa, volviéndose hacia mí, y con tono de súplica, me dijo:

- ¿Subamos aquí, y será la última estación?
- Subamos, contesté.

Y subiendo por fortuna unos pocos escalones, entramos en una recogida habitación, previo el permiso de su dueño, venerable sacerdote, a quien hallamos escribiendo sobre su pupitre.

- Y bien, ¿está V. muy ocupado? Le dijo mi amigo.
- He concluido ya, mis buenos amigos, contestó, echando la pluma sobre la mesa.

Tanto hubo de insistir mi compañero en que el respetable señor nos leyese alguna página de las que acababa de escribir, y fue tan bondadoso el venerable sacerdote, que al fin condescendió con nuestros deseos.

Abrazadoras palabras, acentos inflamados que, salidos de un corazón todo fuego, vense centellear y despedir vivas llamaradas que van a prender en las almas; subidos conceptos que denuncian un clarísimo entendimiento; frases que, henchidas de gracia y galanura, brota un fresca y virgen fantasía: todo eso consagrado a enaltecer las glorias inenarrables de Teresa de Jesús, pudimos gozar con embeleso en la lectura del que será digno panegirista de la Santa.

Dejada la habitación del sacerdote, no tardamos en llegar a la casa de mi amigo. ¿Será necesario deciros, mis queridos lectores, que molido y quebrantado de tanto andar y subir y bajar escaleras, me tumbé en un sofá y saboreé las delicias de tan apetecido descanso?

Entre tanto mi amigo abre las cartas que aquella tarde le ha traído el correo. Una de ellas es de Francia. Viene toda cuajadita de versos dedicados a santa Teresa.

A la grande escritora e inspirada poetisa de Castilla rinden vasallaje las armoniosas lirras del Sena. ¡Con cuánto gusto copiaría aquí alguna de aquellas delicadas armonías, si no fuese ya excesivamente largo este escrito! Por ellas se vería el febril entusiasmo que en todas partes despierta nuestra encantadora Teresa de Ahumada.

Mientras que yo me deleito leyendo aquellas poesías, abre mi amigo una ancha carpeta que contiene una bellísima fotografía, copia de un cuadro de grandes dimensiones que representa a santa Teresa en los momentos en que escribe sus páginas inspiradas.

Un corazón que lleva en sus profundidades dibujada siempre esa imagen peregrina, si por instrumento de sus afectos tiene una paleta y unos pinceles, ¿qué otra cosa sabrá hacer mejor que el retrato de su amada?

Allá en las playas andaluzas late un corazón generoso en quien el fuego de la piedad y el fuego del arte se funden en uno sólo. La piedad animando a los pinceles, y siendo los pinceles fieles a la piedad, han producido una obra que la fe y el genio se disputan.

¡Qué maravillas no han brotado de la hermosa alianza de la fe con las artes!

- ¿Lo ves, lo ves, amigo mío? He dicho a mi compañero de paseo. ¿Ves como todas las artes se han dado cita para honrar y glorificar a nuestra bien amada? ¿Ves como todas acuden presurosas mostrando en la mano la flor más exquisita de sus ideales creaciones para tejer con ellas una corona, la más espléndida que han ceñido las sienas de una pura mujer?

- Pero te has olvidado de otra flor, me contesta mi amigo. ¿Te olvidas ya de la *plegaria*, composición musical que nos envió tu buen amigo?

¡Oh! perdona mi descuido, delicado y excesivamente modesto autor de *Las noches de España*, que han hecho las delicias de los amadores del *divino arte*; perdona, o creador de *El último Abencerraje*, destinado a ser la preciada perla que, aunque bañada en tiernísimas lágrimas, resplandecerá como ninguna en tu corona de artista; perdona, elegante autor de *Los poemas del pianista*, libro que tan grande sensación está produciendo en toda España: perdona, si me olvidaba por un momento que también tu musa, hermana muy querida de la mía, ha puesto una flor, delicadísima como todas las tuyas, en la esplendorosa guirnalda que a la gran Teresa dedican de consuno el saber y la poesía, el genio y las artes.

Tortosa 10 de octubre de 1873

J.A.

UN SUEÑO.

¡Oh! El que anoche tuve fue hermoso y encantador sobre todo encarecimiento. En sus más pequeños detalles, en su infinita variedad de matices y en su delicadeza de líneas, mi memoria lo recuerda de suerte que a mí mismo me tiene sorprendido.

Otras veces he podido, es verdad, gozar de sueños bellos y fantásticos cuanto cabe; pero se han desvanecido luego como una nube de colores que se cierne un momento en lejanos horizontes, y se han debilitado como el eco de una orquesta sonora, cuyo largo gemido oscila temblando en el aire y por fin muere.

No así el sueño de la noche pasada que guardo profundamente impreso en mi alma. ¡Si le vierais colorearse en el lienzo de mi fantasía con la limpidez y pureza que yo le veo! ¡Si al menos mi péñola, cuyo menor defecto es ser infiel y perezosa en extremo, os supiese hacer de

él un cabal retrato a la pluma! Me atrevo a creer que vosotros, mis amados lectores, os holgaríais no poco en su detenida contemplación, y yo también – perdonad mi debilidad –yo también me sentiría feliz al mirar complacido la obra de mis manos.

Demás de eso, no es mi sueño como los que la caprichosa y traviesa hada de la fantasía se complace en forjar acaso para dar una extremada muestra de su feliz inventiva; historias imposibles, delirios extravagantes que ni un momento pueden resistir la luz, fantásticas e inverosímiles leyendas como no supo fantasearlas en *Las mil y una noches* el soñador Oriente: no, mi sueño no traspasa las fronteras de lo posible, ojos humanos pueden ver sus creaciones, y acaso, acaso... iba a decir que las verán; pero retiro la palabra por demasiado atrevida.

Pero, dejándonos de preámbulos, venid, mis amados lectores, venid a mirar por el mágico cristal de mis sueños las deliciosas visiones de una noche. Así abajad un poco la cabeza y separad algún tanto los ojos de los lentes. Yo iré descorriendo por detrás y poco a poco el misterioso lienzo, a fin de que podáis contemplar a placer sus bellezas.

No os asuste si primero vi –miradlas- como enormes masas de apiñadas nieblas que se confundían rodando en montón por desconocidos abismos que sólo la imaginación espantada podía adivinar. Eso me hacía daño al corazón y afligía mi alma. ¡Ah! ¡en el infierno todo debe ser palpables tinieblas!... ¡Gracias, Dios mío! El cielo es el reinado de la luz.

¡Aún más tinieblas!...Pero ved. ¿Percibís como un hilo de rutilante luz que flota al aire allá en el seno de aquellas negras profundidades? Ved como aquella luz vivísima vase ensanchando poco a poco y se disuelve en las suaves tintas de la violeta, semejando el purísimo albor de una mañana del estío que, al amoroso beso de los euros, se enciende en la cima de la montaña.

¿Y veis cómo por grados va destacándose, en medio del luminoso vapor que vagamente se dilata, la limpia y perfilada silueta de una cúpula preciosísima, cuyo atrevido remate se yergue altanero sobre los encendidos ambientes, y, como si le rodease una aureola de gloria, se esconde en los vivos celajes de carmín y oro que ese sublime pintor, la luz, dibuja en la anchísima tela del espacio?

Bien lo veis ahora... Es la cúpula de un templo católico. Las campanas de sus campanarios empiezan a voltear. Las estremecidas ondas del aire llevan hasta muy lejos sus estrepitosos sonidos, despertando en los cristianos corazones piadosos anhelos y hermosas esperanzas.

Suspendidas entre el cielo y la tierra las campanas unen a ésta con aquel por medio de sus voces, que ora expresan el llamamiento de los cielos, ora simbolizan las plegarias o alegrías de la tierra. Aéreos ángeles, en cuyo dulce y misterioso idioma se confunden la voz de Dios y las voces de los hombres.

Todos los caminos y senderos que conducen a la ciudad se ofrecieron entonces a mi vista cubiertos de animadas gentes, en cuyos rostros vi reverberar el rayo de las alegrías puras.

¿Adónde se dirigen? Me pregunté.

La larga calle en cuya mitad se levanta la iglesia a que nos referimos, y cuya arrogante cúpula contemplabais hace poco por el cristal, se va llenando de numerosas gentes, que entran sin descansar en la iglesia, cuya alta fachada vese inundada de riente luz.

- ¿Qué se hace por ahí? Pregunté a unas mujeres que se disponían a entrar en la iglesia.

- ¡Oh! Será V. forastero, me dijo una de ellas, cuando no sabe la grande solemnidad que va a celebrarse en esta iglesia. Bástele a V. decir que todo lo bueno y mejor se ha dado hoy cita en esta iglesia, y no haga V. falta si es cristiano como lo parece...¿Le ve V., le ve V.? Hasta el Sr. Obispo acude hoy a la función. ¿Le ve V. con sus vestiduras moradas y el brillante pectoral, cómo bendice a todo el mundo, tan ágil y tan hermoso?...Arrodillémonos también, que ya pasa... ¡Jesús, conservádnosle así por muchísimos años!

Yo me arrodillé también como todas las gentes al pasar el sabio y virtuoso Prelado, y a seguida quise entrarme en la iglesia.

Al primer paso que di bajo el dintel sagrado, se apoderó de todo mi ser, yo no sé qué bienhechora delectación imposible de describir.

Atravesé el cancel cuando en aquel mismo momento una nutridísima orquesta rompía en grandiosas explosiones de armonía, percibiéndose como flotar sobre aquel mar de sonidos voces de júbilo, acentos de entusiasmo, gritos de exaltación y de gloria que enardecían los palpitantes corazones. Al propio tiempo y bajo la impresión de aquella música, cuyas notas tónicas parecían los latidos de todos aquellos corazones a quienes embargaba un mismo

sentimiento, vi súbitamente descorrerse un ancho cortinaje que colgando de la alta bóveda y cayendo sobre la grada del presbiterio, recataba a las miradas de los fieles todo el altar principal.

Mas ¡espectáculo arrobador! De todos los espíritus anhelantes se ha escapado una involuntaria exclamación de sorpresa y de placer a la vez, cuando, cobijada por majestuoso dosel cuyos amplios pliegues se derriban sobre el dorado friso, y en medio de torrentes de lumbre que serpean en derredor, aparece una gentil, ideal figura de mujer... ¡Oh! ¿cuándo la soñó más bella la mente hechizada?

Radiando juventud y belleza, cubierta de oro y pedrería, aquella aparición celeste dejaba adivinar en su interior, yo no sé qué mundos de desconocida ventura. Encendidas como la flor del terebinto estaban sus mejillas. Sus miradas nadaban en un fluido de amor y de gloria incomprensible. En su ademán victorioso se revelaba el arrogante vuelo del alma que se lanza por senderos de luz a través de perpetuas claridades; y creí ver en su frente como esculpido un sello de poder y de grandeza que me dejaron atónito.

Angeles hermosísimos mostraban, alzándose a los pies de la visión, el uno un corazón rebosando llamas, y el otro las fojas de un libro misterioso.

La música, como fatigada de la estruendosa aclamación con que pareció saludar la aparición maravillosa, ha sustituido aquellas notas fuertes con dulces y melodiosos sonidos que semejan los tímidos acentos de una amor profundo, llenando los ámbitos del templo de deleitosa y tranquila suavidad.

Escogida mirra arde en los góticos incensarios, cuyas cadenillas de plata suenan armoniosamente al ser agitados a compás delante del tabernáculo, y alzan una nube de fragantes vapores que se desvanecen vagamente a lo largo de las bóvedas.

Entonces vi como un sacerdote cubierto de resplandecientes vestiduras entonaba con temblorosa voz oraciones misteriosas delante del altar. Y la inmensa muchedumbre de los fieles, en medio de mal comprimidos suspiros y con ese acento de íntima e involuntaria vibración que acusa las emociones del alma, respondía con un grandioso, conmovedor acorde a la voz del sacerdote.

Entre las místicas palabras de esas oraciones he percibido un nombre. Sí, el pueblo lo ha repetido también muchas veces, y, al pronunciarlo, lo hacía con esa mágica impresión de un beso, con que se pronuncian los nombres queridos: *Teresa, Teresa de Jesús*, decían... Y todos los ojos y todas las almas volaban con ímpetu de amor hacia el hermosísimo trasunto de celeste virgen que irradiaba en el altar.

La música, prestando fuerza y ardimiento a las férvidas oraciones del pueblo fiel y haciendo latir los corazones con desusada celeridad, henchía los iluminados espacios con torrentes de largas armonías. ¡Qué bien se sentía allí mi alma! ¡Cómo vivía en esos momentos mi corazón! En mi dulce embriaguez no había visto una infinidad de hermosos detalles que, después de buen espacio, me puse a contemplar.

Entonces vi como todos aquellos fulgores eran arrojados por ricos candelabros de oro y transparentes arañas de cristal, donde la luz se descomponía en variadísimos cambiantes, era copiada por los corintios capiteles, y lo embellecía y animaba todo.

Entonces pudieron descansar plácidamente mis ojos en aquellos pensiles de flores que de los frisos colgaban, y guarnecían el arquitrabe, y se derramaban por las columnas con artística elegancia, y en colmados canastillos de verdes juncos y brotando de suntuosos jarrones de porcelana, se ostentaban a los pies de la encantadora virgen y mezclaban sus fresquísimos colores a las lumbres de los cirios.

Y vi como, ceñidos de pintoresca orla, decoraban las columnas y muros del templo unos grandes escudos, en cuyo fondo se leía la apoteosis de una mujer incomparable, y alzando la cabeza, vi como colgando de la alta bóveda, ondulaba al aire, en medio del crucero del templo, larguísima y elegante oriflama, en cuyos anchos pliegues se veían brillar los preciados y esclarecidos timbres que supieron conquistarse una célebre orden monástica y los preclaros ascendientes de una ilustre familia castellana.

Y vi... ¡Torpe palabra humana que por lo incolora y fría no me puedes servir para contar las maravillas de mi sueño!

Mas acabemos de una o de otra manera.- Vi subir un respetable sacerdote a una tribuna que lo dominaba todo. Todo calló, ni una armonía, ni un eco, ni un rumor se percibía. Hasta los corazones comprimían sus latidos.

El orador sagrado habló... y entonces pude comprender en toda su extensión el objeto de aquella esplendorosa fiesta. Yo me sentí dichoso como nunca en ser cristiano, porque cristiana era Teresa de Jesús, cuya sublime santidad pintaba con valientes pinceladas el

orador sagrado. Entonces lloré también de orgullo y de dicha porque era español, y la tierra española sabe producir figuras tan grandes como la insigne castellana. Momentos hubo en que el orador en alas de su fe y patriotismo, y presa de un delirio sublime, arrebató como en irresistible torbellino a todo el auditorio. ¡Oh! ¡ si hubiese podido gritar, batir palmas, moverse, explayarse! El pueblo fiel se contuvo. Mas aquel silencio violentado hubo de fatigar a todas las almas, pues, al concluir el orador, pude percibir como un resuello general que se escapaba de todos los pechos, harto comprimidos para tan vivas emociones.

La palabra de Dios hizo brotar del caos el universo mundo; y esa misma palabra crea todos los días mundos de hermosura y felicidad en las almas! - pensaba en mi sueño.

En esto vi como el digno sucesor de los Apóstoles, vistiendo ornamentos de suma esplendidez y cubierta la cabeza de oriental adorno, subía las gradas del altar, acompañado de otros sacerdotes. Con voz conmovida que agitaba todos los corazones, y hacía doblar todas las frentes, bendijo a todo aquel pueblo postrado de hinojos que se santiguó devoto al recibir el fecundo rocío de la solemne bendición.

Una vez estuve levantado me dirigí a buscar la puerta de la calle; pero yo no sé si fue por la impresión que aún me sojuzgaba o por algún otro motivo, lo cierto es que no pude encontrarla.

En esto desperté... ¡y estaba en mi alcoba! ¡Había sido un sueño!

A la mañana siguiente conté a un amigo mío y vuestro también, lectores de la *Revista teresiana*, porque me consta que tenéis a menudo con él ratos de dulcísima conversación; le conté, digo, que tuve un sueño así y así.

- Pues, escríbelo para que sepamos a qué atenernos, me dijo.

Y yo, bobalicón de mí me he atrevido a molestaros, mis indulgentes lectores, contándoos las hermosas quimeras de un sueño inolvidable.

- ¡Quién sabe si será algo más que un sueño! me dice por detrás mi amigo.

Tortosa 28 setiembre 1873

J. A.

A SANTA TERESA DE JESÚS

Soneto

El camino del cielo van buscando
Muchos que de este mundo van huyendo,
Que al fin le topan si le van siguiendo,
Que quien quiere le alcanza preguntando.
Salió a caballo Pablo, y fue volando;
Francisco, como pobre, a pie, pidiendo;
Entre zarzas Benito fue rompiendo;
Y por piedras Esteban caminando.
Salió detrás Teresa, y al instante
Para poderlos alcanzar, siguiólos,
Que fue, con ser de a pie, gran caminante.
Y para que no llegasen ellos solos,
Viéndolos que iban ya tan adelante,
Para correr más, Descalzóse, y... alcanzólos.

P.R.

¡CUÁN BUENA ES SANTA TERESA DE JESÚS!

(Conclusión).

Voy a referirte sencillamente, lector querido, la gracia que Teresa de Jesús dispensó a aquella joven distraída que no pensaba en santa Teresa de Jesús ni la amaba, como sucede por desgracia a la mayor parte de los españoles, no la conocía; que es imposible a todo corazón católico español conocer a santa Teresa de Jesús y no amarla, y no con un amor cualquiera, sino singular, apasionado.

Así sucedió con la joven Inés, este es el nombre de la enamorada de Teresa. Oía leer el artículo de el corazón de Teresa de Jesús y el de Jesús de Teresa, y al ver retratada la ruindad de su corazón que casi se hallaba contento aspirando el aire inficionado del mundo, sin echar de menos las delicias purísimas del espíritu, exhalando un profundo suspiro, exclamó: ¡Ay dolor! Yo soy esta miserable. ¿Cuándo, Santa mía, mi corazón a semejanza del tuyo suspirará tan solo por las cosas celestiales?

Mas su corazón se conmovió sobremanera y sus ojos se arrasaron en lágrimas al oír el relato, tan bellamente descrito por la Santa, de la transverberación de su corazón seráfico. Aquellas sublimes expresiones con que nos pinta el dolor grandísimo que le hacía dar fuertes quejidos, cuando el Ángel con el dardo le traspasaba el corazón y las entrañas, y al sacarlo las llevaba al parecer consigo, dejándola abrasada en el amor de Dios; aquel requiebro suave que pasa entre el alma y Dios, andando como embobada, que no hay desear que se quite; y por fin la súplica que a la bondad de Dios hace la Santa de *que lo dé a gustar a quien pensare que miente*, convirtieron a la distraída joven, hallándose su corazón trocado de súbito, amando lo que aborrecía o le causaba hastío, y aborreciendo lo que hasta allí había amado.

Pasó Inés sin dormir apenas aquella noche, y al día siguiente ni ella se conocía a sí misma, ni sabía darse cuenta de aquella mudanza, obra de la mano de Teresa de Jesús.

Desde entonces no cesa Inés de encomendarse a la agradecida Teresa, y de pregonar sus alabanzas y sus bondades. La vida cristiana que lleva, el más exacto cumplimiento de sus deberes, su obediencia a los superiores, su modestia y su amor al retiro y a la oración son pruebas inequívocas de la sinceridad de su conversión.

La lectura de los escritos de la seráfica Doctora la alienta, la sostiene y la enfervoriza. Y más de una vez al hablar con la sencilla aldeana, medio de que se valió Dios para su conversión, se la oye exclamar con los ojos llenos de lágrimas y henchido de gozo el corazón: “¡Cuán buena es santa Teresa de Jesús! ¡Cuán buena es para todo aquel que la conoce y ama! Pruébelo quien no lo creyere, y verá por experiencia cuán gran bien es encomendarse a tan gran Santa y tenerle especial devoción.”- C.

SANTA TERESA DE JESÚS AGRADECIDA

Ya creo sabe, que no soy desagradecida.
(Santa Teresa de Jesús, carta nº 8).

Así decía Teresa de Jesús al P. Mariano en una de sus cartas más discreta y llena de gracia, al verse en la precisión de negarle la profesión de una novicia que a las monjas de uno de sus conventos no pareció a propósito. Y para probarle que no era la pasión la que le obligaba a obrar de esta suerte le previene ante todo, antes de darle la negativa, que no es desagradecida, y luego añade: “si en este negocio me fuera el perder descanso y salud, ya estuviera concluido; mas cuando hay cosa de conciencia en ello, no basta amistad; porque debo más a Dios que a nadie.”

¿Y no es verdad, lector querido, tú que te preparas a obsequiar en este año de un modo especial a la gran Teresa -porque las circunstancias son también especiales y exigen un esfuerzo grande de todos los buenos,- no es verdad, digo, que parecen dichas también a ti estas palabras? Yo mil veces las he recordado, y al proponerme hacer a mi amada Santa algún obsequio, para animarme parece oír la que me repite: Vamos, buen ánimo, hijo mío. Esmérate en obsequiarme grandemente, pues ya creo sabes por experiencia que no soy desagradecida.

¿No es verdad, amante Teresiano, que sabes tú también por dulcísima experiencia que Teresa de Jesús no es desagradecida; que un suspiro, un alzar los ojos al cielo por su amor lo

recompensa magníficamente? ¿Cómo no si a aquel corazón gigante, después del de la Madre de Dios, quizás el más parecido al de Jesús, le era natural el agradecimiento? Si no has gustado de los frutos de su agradecimiento, es a buen seguro porque no le has hecho obsequio ninguno. Y aún así y todo si lo meditas bien, antes de conocerla y amarla ella dejándose llevar de los impulsos de su corazón amoroso te ha prevenido con bendiciones del cielo. De mi puedo asegurarlo: antes de conocer y amar a Teresa experimenté sus bondades. ¿Qué hará, pues, con los que la aman? No ofenderíamos a la Santa si para animar a todos los fieles a recurrir con entera confianza a su patrocinio le aplicásemos las palabras que san Bernardo decía de María inmaculada: No se hable más de vuestro gran poder y bondad, ¡oh agradecida Teresa! si en la serie de los siglos se halla uno sólo que, habiendo recurrido a Vos en demanda de socorro, haya sido desatendido.

Sí, lector amigo, recapacita las súplicas que has dirigido de corazón a la amable Virgen Teresa, y verás como siempre has sido oído, y si la petición iba torcida, ella la ha enderezado para más bien tuyo.

Cuando andaba por este pícaro mundo Teresa de Jesús no vacilaba en asegurar que si en lo que le pedían le fuera el perder descanso y salud, ya estuviera concluido, porque era de condición muy agradecida. Ahora, pues, que gloriosa reina en el cielo, con su amado Jesús, y que el concluir los negocios que se le encargan no le cuesta perder descanso y salud, pues bástale dirigir una súplica fervorosa a su divino Esposo, no hay que dudar que despachará pronto y favorablemente las demandas de sus devotos.

Pruébelo quien no lo creyere; anímese quien quiera que esto lea a recurrir a Teresa de Jesús con toda confianza en toda clase de necesidades, y al oír el dicho de la Santa: "Ya creo sabe que no soy desagradecida," se verá forzado a exclamar: Sí, sé por experiencia consoladora que Teresa de Jesús es de condición muy agradecida. El que esto escribe puede dar y da testimonio de ello, y Dios sabe que no miente.- C.

SANTA TERESA DE JESÚS PROTECTORA DE LA NACIÓN ESPAÑOLA.

No hay duda que en las presentes necesidades de nuestra católica Nación tenemos una mediadora con el Todopoderoso en Santa Teresa de Jesús, aclamada defensora de la Cristiandad y muy particularmente de la nación española, de la cual es Patrona. En todos tiempos ha sido ella el ángel tutelar que ha custodiado la fe de los españoles y la integridad de la Reforma Carmelitana, en la cual sufrió toda clase de contrariedades: cuando empezó la santa Reforma, las herejías pululaban en nuestra nación intentando manchar el candor de la verdad y de la pureza; pero el cielo opuso a ellas una santa Teresa, que llorando entonces tantos males, hoy gloriosa defiende a la nación española para que no se arraigue en ella la mala semilla de la herejía.

A la madre Francisca del Sacramento apareció la Virgen María acompañada de su castísimo esposo José, de santa Teresa y de muchos Angeles, y la dijo: *Que la voluntad de su Hijo era que tuviese en el cielo santa Teresa por su cuenta el amparo de la Cristiandad y particularmente de los reinos de España*, donde se defienden siempre los honores divinos, de la Virgen santísima y de su Iglesia.

Vamos a referir un hecho que manifiesta la protección que santa Teresa dispensa a la nación española. Por el año 1624, sucedió que los holandeses cogieron en el Brasil la ciudad del Salvador, para cuyo rescate, juntándose en Castilla y Portugal una poderosa armada, cuyo general era D. Fadrique de Toledo Ossorio, marqués de Balduensa, mandó el Rey se pintase en el estandarte real la imagen de santa Teresa de Jesús, fiando de su intercesión todo el suceso. El general escribió una carta al conde de la Palma en Sevilla, cuyo contenido es como sigue: "Menos, Señor, que lo que veo en su carta de V. S. confieso que es lo que fiaba de la merced, que V.S. me hace, porque nunca pensé llegara a V.S. a ser tan devoto, por favorecerme, todo lo demás tenía muy creído: démoslo por principio de milagro de santa Teresa, y señal de los que espero. Desde hoy, Señor, mío, queda por protectora de esta armada la Santa, y para esta jornada tenía ya orden de S.M., de pintarla en el estandarte, y en mi guión va bordada lo mejor que hemos sabido. Dígalo V.S. así de mi parte a la señora Priora que esto, y el entierro en Alba, y de devoción nuestra antigua, con esta gran Santa, mucho es lo que espero, y por mano de V.S. pienso capitular con santa Teresa, y me ha de cumplir todo lo que

me prometo. Cierto, señor, que me deja alegre su carta de V.S. , y porque V.S. entienda el estado en que se halla la jornada y pueda V.S. hacerme merced de darlo a entender, donde desearan saberlo, envió copia a V.S. de la postrera carta, que escribí a su Majestad en razón de esto; mande V.S. que me la vuelvan, porque no ande en Sevilla, sino en manos de V.S. Las de las santas Carmelitas beso, señor, muchas veces, y acepto mis oraciones, que ya las llamo mías: mucha confianza me dan, etc. Cádiz 13 de octubre.- Don Fadrique de Toledo."

Esta fue la confianza del general, mas con ser tan grande fue mayor su desempeño. Porque partiendo la armada a fines de este año y llegando con prosperidad al siguiente 1625, así les asistió la Santa que a principios de mayo recobraron la ciudad, dejando muertos muchos herejes, los demás vencidos, y apresados todos sus aparatos y navíos. Reconoció el general y todos los demás, deber la victoria a santa Teresa su tutelar, y fueron tantos los milagros que en el viaje experimentó que solía decir: *que se alcanzaban unos a otros*. Por lo cual, cuando volvió victorioso, y en Málaga saltó en tierra, fue al convento de Padres Carmelitas descalzos con muchos de los capitanes, y con pública salva de la armada hizo cantar solemnísimamente una misa a santa Teresa en acción de gracias, atribuyendo a su intercesión, como a Débora española, el suceso milagroso de empresa y victoria semejantes.

Si en siglos anteriores favorecía nuestra Santa con su intercesión a la nación española, ¿no podemos esperar otro tanto en nuestros días, en que tan abatida se ve por la impiedad? Sí, no lo dudamos, porque por intercesión de santa Teresa de Jesús hemos de alcanzar todas las felicidades que puede darnos Dios.³ Oremos, pues, sin intermisión y con fervor, y pidamos a nuestra Santa que interceda con el Altísimo para que cese la tempestad, y vengan días de bonanza a nuestra desventurada patria; pidámoslo con más eficacia en estos días en que celebramos la fiesta de la Patrona de las Españas y le dedicamos solemnes cultos, y no dudemos que Dios se apiadará de su pueblo que clama en la aflicción.- L.

CORRESPONDENCIA

Pamiers (Francia) agosto de 1873

Sr. Director de la Revista Teresiana.

Muy Señor mío: Acabo de recibir los números de su preciosísima *Revista* que hubiera querido verlos en francés para hacer gustar su lectura llena de unción y gracia a todos los numerosos amantes de santa Teresa de Jesús que cuenta Francia. Voy a comunicarle algunas noticias de interés para su *Revista*. La devoción a nuestra Santa es muy grande en esta nación. Hay más de cien conventos de religiosas Carmelitas descalzas, y son tantas las vocaciones, que a pesar de las nuevas fundaciones se ha de pasar del número que les asignó la santa Madre.

También hay catorce conventos de Religiosos con dos provincias, y el 15 de octubre tendremos otro en la ciudad de Tolosa, cuya instalación, que espera con ansia tan religiosa ciudad, se hará en dicho día fiesta de la santa Teresa de Jesús. En esta nación hay dos corrientes encontradas que se disputan la palma: la de la impiedad y la de la Religión; y las dos en incesante actividad.

Los hijos de Teresa, aunque fuésemos en número mil veces mayor, tendríamos trabajo de sobras. Da lástima, señor Director, el ver a nuestros celosos religiosos caer todos enfermos de trabajo. ¡Pobre España! Si volvemos aquí, tendremos que hacer lo mismo. Dios lo quiera.

La oración compuesta por V., de varios lugares de la Santa, está magnífica para rogar a Jesús de Teresa en los presentes tiempos. Vamos a traducirla en francés para imprimirla y propagarla. Lo mismo haremos con la oración para la conversión de los pecadores que está en el número de julio.

Otro día seré más largo.

Adiós, mi carísimo amigo... Cuente V. con el tierno y cariñoso afecto de su devotísimo en los corazones de Jesús, María, José y Teresa.

F.R.

---

³ Dicho de la infanta de España, María Teresa.

Plymouth (Inglaterra) 17 setiembre de 1873.

Señor Director:

Querido y buen amigo: Es hoy de esta ciudad en su totalidad protestante desde donde tengo el honor de escribirle para darle noticias que alegrarán su corazón como el de todos los amantes teresianos.

A pesar de no haber en esta ciudad más que dos templos católicos, el uno está consagrado bajo la advocación de santa Teresa de Jesús, y pertenece al convento de Carmelitas descalzas conocidas en esta por el pueblo con el nombre agraciado de Teresitas. Y son en verdad señor Director hijas de Teresa de Jesús estas privilegiadas almas, que cual rosas de celestial perfume hállanse cercadas de las punzantes espinas del error y de la herejía en que vive esta infortunada Nación.

Guardan con todo rigor la primitiva regla, y las contemplo enternecido por el amor subido que profesan a la Santa Madre y a sus hermanitas las Teresas españolas.

La Madre priora me asegura cosa que alegrará a las Teresas de ésta que todos los días se hace dar cuenta de todas las noticias de España que los diarios ingleses publican, para seguir desde su rincón la suerte de sus queridas hermanas españolas, con las que comparte sus amarguras, asistiéndolas con sus oraciones y penitencias.

El día de la Natividad de Nuestra Señora vino al locutorio toda la comunidad para que les contase muchas cosas de Avila y Alba de Tormes. Al oír mi narración exclamaban a menudo: ¡Oh! ¡qué felices son nuestras hermanitas de Alba! ¡qué santa envidia las tenemos!

En casa Mr. De Sousses, que como le he dicho otra vez es un prelado todo, todito teresiano, he encontrado una mina de cuanto sobre nuestra incomparable Madre Teresa se ha escrito en Francia. Dicho señor queda suscrito a su admirable *Revista*. Pienso pasar a Londres para promover los intereses de la Santa, y le escribiré desde allí lo que ocurra.

Se recomiendan a sus oraciones y sacrificios estas hijas de Teresa, y le piden ruego por la conversión de Inglaterra y de esta ciudad. Lo mismo le suplica quien tiene a grande honor repetirse de V. afectísimo amigo y humilde hermano en Jesús de Teresa. - **S.**

P.D. Me olvidaba de decirle que las Carmelitas de ésta quieren y han empezado a aprender el español para leer su *Revista*, a la que se suscriben desde el quince de octubre.

REVISTA NACIONAL

Por un decreto del Poder ejecutivo de la nación española, de 9 de marzo último, quedaron disueltas y extinguidas las cuatro Ordenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, juntamente con la de San Juan de Jerusalén; y en vista de la situación anómala e irregular a que por el decreto citado han quedado reducidos los territorios sujetos en lo espiritual a la jurisdicción eclesiástica de dichas Ordenes, y con el plausible fin de evitar los graves conflictos que diariamente podrían surgir en lo relativo al válido y legítimo ejercicio de la mencionada jurisdicción, y de remediar otros males no menos graves, la Santa Sede ha creído prudente adoptar, en el orden religioso, una resolución parecida a la tomada por el Gobierno en el orden político y civil respecto a los individuos de las suprimidas Ordenes militares, o sea la de igualar a los caballeros y demás fieles de los territorios dependientes de las mismas con los otros católicos españoles, sometiéndoles a la jurisdicción de los Prelados ordinarios más inmediatos o a la de aquellos en que dichos territorios se hallan enclavados. Para esto ha expedido la Bula *Quo gravius*, en la que declara abolida de un modo absoluto y terminante la jurisdicción especial, que en otra época, y por causas que ya no existen, les había concedido, resolución que debe ser acatada y fielmente obedecida por todos los que se precian de buenos hijos de la Iglesia, ora se considere que es justa, conveniente y aun necesaria en las actuales circunstancias, ora se atienda a que ha sido dictada por el Romano Pontífice, que, ejerciendo la misma potestad apostólica con que en otros tiempos otorgó los mencionados privilegios a las Ordenes militares, hoy ha tenido a bien derogarlos, casarlos y anularlos, aunque con la reserva de formar, cuando sea posible, el *coto redondo* a que se refiere el Concordato, y que ha de servir de recuerdo imperecedero de las glorias de tan célebre e ilustre institución.

Lo propio debe decirse de la Bula *Quae diversa*. Su Santidad se ha visto obligado también a expedirla para atender a otra grave y urgente necesidad de la Iglesia de España. Las medidas que en esta disposición pontificia se establecen, las reclamaban imperiosamente, por una parte, el haber sido comprendida en el decreto de extinción de las Ordenes militares la de San Juan de Jerusalén, cuya jurisdicción eclesiástica suprime el Concordato; y por otra, el no poderse conservar tampoco interinamente las demás jurisdicciones eclesiásticas privilegiadas que se encuentran en este caso, habiéndose decretado la supresión de los territorios de las Ordenes militares y su agregación a las diócesis inmediatas, pues no sería justo ni conforme a la razón suprimir en unos lugares y mantener en otros lo que ha venido a ser en todos igualmente inoportuno y peligroso.

REVISTA EXTRANJERA

Roma. Es singular el método adoptado por los revolucionarios para adquirir noticias de la salud de Pío IX. No pudiendo penetrar en el palacio de Su Santidad, tienen encargados a algunos vagabundos que observen los médicos que entran en el Vaticano y cuenten el tiempo que permanecen allí. Si la visita es corta, el Papa está bueno; si larga, está agonizando. De manera que el médico no puede visitar otro habitante del palacio sin exponerse a hacer pasar al augusto prisionero como un hombre sin esperanzas de vida.

Tal es el verdadero origen de los extravagantes boletines de la prensa revolucionaria. Descubrióse la maniobra un día que el Papa, a pesar de hallarse en perfecta salud, pasó por muerto una mañana entera porque su médico se había detenido mucho tiempo con uno de los familiares de Su Santidad, que estaba gravemente enfermo.

¡Pobres cálculos del entendimiento humano! Pío IX se mantiene aún firme en su puesto, y continúa recibiendo a un numeroso pueblo ávido de contemplar su semblante rejuvenecido y de recibir su bendición.

Francia. Los periódicos de aquella nación publican importantísimas noticias acerca del entusiasmo religioso que se advierte en las numerosas peregrinaciones que allí se están verificando.

- El arzobispo de París ha recibido del Santo Padre un breve muy notable con ocasión de la iglesia dedicada al Sagrado Corazón de Jesús, a cuya erección contribuyen con su óbolo los fieles todos. Dicho breve va acompañado de un donativo de 20,000 francos: tal es la piedra que el Soberano Pontífice lleva al sagrado edificio.

Alemania. Los nobles y propietario de la provincia de Posen han abierto una suscripción para resarcir al clero católico de las injustas multas con que ha castigado su noble entereza y fidelidad a la Iglesia el Gobierno prusiano.

- Se anuncia como un hecho consumado la ruptura del canónigo Doellinger, rector de la universidad de Munich, con los *viejos católicos* de Alemania, y su sumisión sin reserva al Soberano Pontífice.

- En Prusia se conserva todavía la Orden de Malta. En la actualidad no cuenta más que sesenta y seis caballeros, todos católicos. El rey Guillermo los citó para que asistiesen a la fiesta del aniversario de la batalla de Sedan. Los caballeros, lejos de mostrarse complacientes, como se deseaba, enviaron una comisión de seis individuos al rey para que le manifestase que no podían tomar parte en las fiestas del aniversario de la victoria de Sedan, porque esta victoria se estaba explotando, no en utilidad de la patria, sino en daño del Catolicismo.

Entre los caballeros de Malta hay muchos que contribuyeron con su sangre y con la de sus hijos al triunfo de Sedan.

Turquía. El Catolicismo progresa en Bucharest, ciudad en que domina exclusivamente el cisma griego. El obispo latino ha podido al fin reunir los recursos necesarios para la construcción de una iglesia católica, que está ya en vías de construcción. El seminario naciente cuenta cierto número de discípulos que llegarán a ser buenos y celosos misioneros.

GRACIAS

Que se piden a santa Teresa de Jesús, y se recomiendan a las oraciones de sus devotos.

El triunfo de la Iglesia, la paz del mundo y la prosperidad de nuestra España.- Fortaleza y gracia copiosa para todos los obispos y sacerdotes de la Iglesia en España.- Conversión y cristiana muerte de dos personas.- La conversión de Inglaterra.- Las religiosas Teresas de la ciudad de Plymouth.- Una nueva fundación para la conversión de Inglaterra bajo el patrocinio de María, José y Teresa.- Las misiones católicas.- Un negocio temporal.- La Asociación de jóvenes católicas.- La educación cristiana de la niñez.- El feliz éxito de un asunto de gran gloria para nuestra santa. Que Dios envíe nuevos y celosos operarios según su Corazón para trabajar en su viña. La cesación de un grave escándalo.- La América.- La fundación de una escuela católica. Una familia muy necesitada de paz.- La perfección de un alma tibia.- La conversión de los pecadores.- Dos vocaciones religiosas contrariadas.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO Y POBRE.

Tortosa	El director de la Revista	100 rs.
	La Redacción	50
	Un pobre párroco alejado de su grey pide a Teresa de Jesús agencie con El que nada sabe negarle, la pronta libertad y el triunfo de Pío IX el Grande, consuelos y fortaleza para sus afligidísimas ovejas, y pronta y sólida paz para la España católica. José Roca, Pro., por el Papa cautivo y pobre.	20 8
<i>Plymouth</i>	Un amante y admirador de la mística Doctora	80
Ulldecona	Don Juan Voltes, Pro.	10
	D. Tomás Valls, Pro.	10
	José Casadó, Pro.	2
	Narciso Valmaña, médico y cirujano	20
	Rafael Iralcá, maestro	4
	Carmen García	4
	Luisa Antich	4
	Rosa Gil	2
	¡Viva el santo Pío IX! un sacerdote	20
	Otro sacerdote	4
	Otro sacerdote	4
	Cuatro hijas de María y amantes de santa Teresa	10
	Una casada muy devota de santa Teresa	10
Roquetas	Balbina Marco	5
	Miguel Blanch	5
Batea	Juan Catalá, Pro., santa Teresa de Jesús, da la paz al mundo	8
Callosa de Segura	José María Roig	50
	<i>Suma</i>	Rs. 430

(Sigue abierta al suscripción)